

Un Libro de César Moro

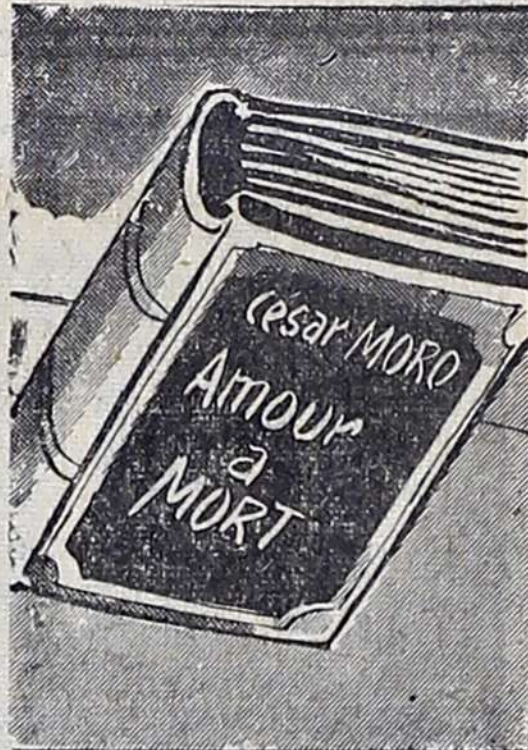
por Sebastián Salazar Bondy

PARIS, (12, mayo).— Gracias al celo de André Coyne, un libro de poemas en francés de César Moro, acaba de aparecer en París. Personalidad de singular textura, César Moro, muerto inesperadamente en Lima el 10 de febrero de 1956, no alcanzó en el Perú, su patria, el prestigio que merecía, tal vez porque rehuyó el halago fácil, pero tal vez, también, porque entre nosotros el valor intelectual y poético no tiene todavía reservado el lugar que en toda comunidad culta se le suele acordar. Nuestra literatura, sin embargo, lo reconocerá precursor pues fue él quien introdujo en el precario mundo artístico limeño, en 1933, el fuego del surrealismo original, ese que aspiraba a hacer de la vida un poema removiendo el fondo convencional que la torna chata y rutinaria.

"Amour a mort" —ese es el título que encierra la obra hasta ahora inédita, en lengua francesa, de Moro— contiene poemas y prosas de admirable calidad y da testimonio de cómo el poeta, que transcurría en el silencio público, no abandonó el universo mitológico que fue siempre su lugar natural. El apasionado prólogo de Coyne —en el cual se sitúa a Moro como eje de las coordenadas de peligro y maravilla— procura una visión cercana, íntima, profunda, de la personalidad de este escritor peruano cuya obra en nuestro idioma —especialmente "La tortuga ecuestre"— espera la edición tantas veces prometida. "En apariencia, nada —así lo describe el amigo—: un ser más sutil, físicamente, y más cortés que este a aquél; en realidad, una presencia de un nuevo orden, que ponía en cuestión

todas las otras; voz, mirada, dulzura de la voz, pero para decir cosas terribles o simplemente justas, terriblemente justas, sin apelación; dulzura igualmente de la mirada, pero dulzura de llama que penetra y abrasa y, para purificar, consume".

Dos fuerzas distingue el cronista en los poemas de Moro:



fantasía y humor. Pero es necesario precisar: se trata, en primer término, de una fantasía ígnea, de una imaginación que quema la lógica y transforma las realidades, como en la retorta del alquimista, en flúidos de color, en filtros vitales o venenosos. El humor —tampoco en alguien tan exquisito estuvo ausente la vocación limeña de la sátira— se aplica a los lugares comunes, a las ideas adquiridas, a las herencias coaguladas de la costumbre. Como la fantasía, la sátira es en Moro catalizadora de ciertos ingredientes secretos, mágicos. Las palabras, sobre todo en un idioma como el francés tan lleno de mecanismos racionales, juegan contraponiéndose o aproximándose al punto de

constituir, por encima de sus significaciones corrientes, inventos sorprendentes, creaciones.

A diferencia de tantos snobs del llamado purismo, el Perú no estuvo ausente del corazón de Moro. Como es natural, se trataba de un país de mitos y misterios, de relámpagos poéticos y sueños. Traduzco, al correr de la máquina, el trozo que transcribe Coyne: "Entre el agua y el cielo, el Perú muestra su figura rugosa y bárbara. ¡Bajo la luz más punzante, más cargada de inmanencia que conozco, siempre al punto y en la punta de la revelación, maravillosa comarca entre las manos ávidas y ciegas de los paracaidistas de la conquista! Sobre el agua profunda y rica donde los delfines y los lobos de mar juegan hasta perderse de vista, deslizándose sobre las fosforecencias; mar rica en medusas, con grandes manchas de petróleo en el puerto del Callao; mar que rueda los guijarros demoniacos, los fragmentos de estelas grabadas en el tiempo inhallable donde las culturas reverdecen, a lo propio y a lo figurado, desde el más próximo borde del mar hasta el extremo límite de los fríos eternos..."

El cronista admiró en Moro —y tal vez él nunca lo supo— la consecuencia consigo mismo y con sus ideas de que siempre fue ejemplo, y aunque en desacuerdo con muchos de los principios que regían su poética, su estética, creyó siempre en el valor que como individuo y artista tuvo. "Amour a mort" ha venido a confirmar esa admiración. Las páginas que restan por publicar deben encontrar, como éstas aparecidas en París, quien las acoja con devoción y quien, por ello, las c a conocer.